

SUSAN

Pierre Achard, Antoinette Chauvenet, Élisabeth Lage,  
Françoise Lentin, Patricia Néve, Georges Vignaux

## Discurso biológico y orden social

(Crítica de las teorías biologicistas en  
medicina, psicología y ciencias sociales)



EDITORIAL NUEVA IMAGEN

Primera edición en francés, 1977  
Primera edición en español, 1980

Portada: *Alberto Diez*  
Traducción: *Tola Pizarro y Noemí Castiñeiras de Ramallo*

Título original: *Discours biologique et ordre social*  
©1977, Éditions du Seuil, París  
©1980, Editorial Nueva Imagen, S. A.  
Sacramento 109, México 12, D. F.  
Apartado Postal 600, México 1, D. F.

Impreso en México  
ISBN 968-429-149-3

## Indice

Presentación, <i>Hugo Mercer</i> .....	9
¿Por qué la biología? .....	15
I. Biología y gestión de los cuerpos, <i>Antoinette Chauvenet</i> ..	23
1. <i>La enfermedad como objeto científico</i> .....	23
2. <i>Ciencia, medida y producción</i> .....	28
3. <i>La primacía de la biología en el orden de las representaciones</i> .....	31
4. <i>La muerte biológica</i> .....	38
5. <i>Los médicos y la biología</i> .....	42
6. <i>Biología y orden médico</i> .....	47
7. <i>Biología y gestión administrativa de los cuerpos</i> ...	54
8. <i>El análisis sistemático</i> .....	59
II. La biología en las representaciones de la economía. Crecimiento y desarrollo, <i>Pierre Achard</i> .....	65
1. <i>Formas del pasado</i> .....	68
2. <i>Discurso actual</i> .....	81
III. Los argumentos para una nueva "lógica de lo viviente", <i>Georges Vignaux</i> .....	113
1. <i>F. Jacob, A. Lwoff, J. Monod</i> .....	113
2. <i>Una lectura "lógica de lo viviente". Un discurso</i> ...	117
3. <i>La herencia</i> .....	122

4. <i>El precio de una lógica de lo viviente</i> .....	125
5. <i>La "evolución" de la noción de herencia</i> .....	130
6. <i>"La lógica de lo viviente"</i> .....	142
7. <i>Biología y sociedad. Orden de lo viviente y orden social</i> .....	192
8. <i>Jacques Monod: "El azar y la necesidad"</i> .....	202
IV. Aprendizaje y tecnología del comportamiento:	
B. F. Skinner, <i>Patricia Néve</i> .....	207
1. <i>Esquema de análisis: el condicionamiento operante</i> ..	210
2. <i>Tecnología del comportamiento: el condicionamiento humano</i> .....	216
3. <i>Orden social, orden biológico e ideología tecnocrática</i> ..	223
V. <i>El pecado capital de la etología: K. Lorenz, Elisabeth Lage</i> .....	225
VI. <i>Ecología y biología, Françoise Lentini</i> .....	253
1. <i>El problema de los orígenes</i> .....	254
2. <i>El movimiento ecológico</i> .....	257
3. <i>La ecología erudita</i> .....	268
4. <i>El gran miedo demográfico</i> .....	277
VII. <i>Las maquinarias de lo viviente. Argumentos y representaciones, Georges Vignaux</i> .....	297
VIII. <i>A título de colofón, Pierre Achard</i> .....	333

## Presentación

### 1. *La reaparición del biologismo*

Acompañando los constantes avances tecnológicos ha reaparecido con sorprendente vigor el biologismo. Las ciencias sociales, la medicina o la ecología sufren actualmente los embates de un biologismo que es algo más que una moda pasajera. En cierta forma, bien pudiera tratarse de una resistencia de la naturaleza a permanecer impasible ante la transformación de que es objeto por la sociedad. Esta especie de venganza de lo natural sobre lo social se concentra en una acción sobre lo que la sociedad piensa acerca de sí misma, sus problemas y las posibles soluciones. La ciencia de lo viviente se convierte así en el vector de esta revancha histórica, por lo que no extraña encontrarse hoy en día con psico, socio o economobiólogos.

Por otra parte, el uso de imágenes, ejemplos y metáforas, provenientes del campo biológico no es privativo de los científicos, sino que forma parte sustancial de nuestro sentido común y del lenguaje coloquial. No en vano los argumentos de fuerza de uso frecuente en el mensaje publicitario y hasta en el político apelan al inagotable recurso de lo biológico como instrumento de convicción.

En el campo científico los ejemplos biológicos son los primeros en ser elegidos cuando se trata de simplificar una explicación o bien cuando se desea imprimir un sello de legitimidad a determinados conceptos. La relación entre las

ciencias biológicas y el poder ya se daba en biólogos y médicos del siglo pasado, quienes manifestaban poseer las condiciones para regir políticamente los Estados europeos. Así, los promotores de la reforma médica en Alemania y Francia (Virchow, Guérin, Neumann) sostenían que quien es capaz de diagnosticar y remediar el dolor individual también lo es para resolver los problemas políticos de la sociedad a la que pertenece. Si bien las ambiciones de estos médicos y biólogos no pudieron concretarse, ya que fueron otras profesiones las que surtieron los elencos gobernantes, el biologismo alcanzó el poder por un camino indirecto, hegemónizando el saber.

Sentido común, conocimiento científico y orden social constituyen planos de la realidad que tienden a cruzarse reiteradamente. La tarea que emprenden los autores de este libro es la de realizar una "vigilancia epistemológica" destinada a detectar cómo se expresa esta biologización del pensamiento social y qué peligros políticos entraña, por lo que el título *Discurso biológico y orden social* define con bastante precisión las características de la empresa que asumen los autores, pero también ilustra sobre su grado de complejidad.

Evidenciar cómo a lo largo de la historia del capitalismo se exigió a la biología cumplir con un papel de productora de conocimientos científicos, de respuestas a los secretos de lo viviente, pero también con otro papel, el de aval ideológico y argumento de autoridad de lo que sucede en lo político, económico y social; tal es el propósito que une a los diversos trabajos de esta antología.

La biología se convierte entonces en una presencia manifiesta o latente en ecología, medicina, economía, psicología, disciplinas que en búsqueda de una legitimidad mayor acuden a ella como la más legitimada de las ciencias. Esta legitimidad obtenida no es sólo recompensa al buen desempeño del primer papel, sino sobre todo del segundo. De tal forma, los lazos entre biología e ideología deben ser explicitados para evitar la continuidad de una ciencia puesta al servicio del poder. En palabras de George Vignaux, uno de

los autores: "Los dominados de todo orden (obreros, mujeres, colonizados (. . .)) intentan volver el lenguaje dominante contra los amos, lo cual es volver a la ciencia contra su amo político habitual".

A la transformación en el poder científico esta antología contribuye analizando el "juego de intercambios" que se manifiestan en los diferentes discursos científicos de una época. La materia prima para el análisis está dada, entonces, por los discursos más representativos de cada disciplina, que en algunos casos coinciden con la producción de un autor en particular (Ehrlich, Skinner, Lorenz), mientras que en otros campos, como la medicina y la economía, se trata de una presencia más extendida y también más arraigada.

Los aportes de esta antología se inscriben en diferentes niveles, desde un particular esfuerzo epistemológico al establecer una permanente contrastación interdisciplinaria, hasta la presentación de métodos y técnicas de investigación propias de la lingüística. Así, por la vía del discurso, del lenguaje y la organización lógica del pensamiento científico se permiten observar analogías, desplazamientos y correspondencias que vinculan el ámbito de la explicación biológica con el de la explicación de lo social.

## 2. *El biologismo en el campo de la salud*

Si bien la antología cubre las manifestaciones del biologismo en diferentes áreas del conocimiento, éste alcanza su máxima expresión en la medicina. Así, los ejemplos de la extrapolación son particularmente notorios en el campo de la salud, en el cual —por otra parte— es un habitual recurso etiquetar como biólogos a quienes limitan la gravitación de los factores sociales sobre los problemas sanitarios.

Desde hace varios años se viene desarrollando una tenaz lucha entre quienes pretenden explicar los problemas más frecuentes de morbilidad sólo en términos de la identificación de agentes causales (bacterias, virus) y quienes vinculan el proceso salud-enfermedad a las condiciones materiales de su existencia.

Salvo en aquellos casos en que los problemas de salud se convierten en un elemento de reivindicación popular u obrera, esa lucha entre corrientes teóricas (y prácticas) escasamente trasciende el ámbito académico. Aquí hay que reconocer que este confinamiento de los problemas médicos a espacios específicos (hospitales, facultades, academias) obedeció a la existencia de una sólida estructura de defensas y barreras que mantuvieron al saber y la práctica médicas alejadas de la opinión de profanos.

La educación médica fue particularmente funcional a todos estos propósitos de jerarquización de la medicina. Casi todos los programas de estudio médicos parten de la descripción del hombre sano, luego abordan la patología y, finalmente, la terapéutica, planteando la enseñanza de la salud-enfermedad como proceso individual, biológico y "natural".

La práctica médica, al orientarse hacia una labor predominantemente curativa, reduce el horizonte explicativo al tratamiento del paciente, marginando de la "mirada" médica el contexto social del enfermo.

Si se tienen en cuenta estas características de la medicina actual no puede asombrar que los intentos de modernización en lo educativo estén representados por la aplicación del conductismo en el proceso enseñanza-aprendizaje. La enseñanza programada, la simulación clínica, la objetivología, sirven en muchos casos para dar una nueva apariencia a un currículum de estudios que data de principios de siglo.

Mientras tanto el desarrollo y la vasta utilización de la teoría general de los sistemas, cuando pretende alcanzar niveles de explicación total, o la conversión de una gestión social —como es la medicina— en gestión administrativa, por medio de balances, racionalizaciones o costos-beneficio semejantes a los de cualquier consumo comercial, representan la nueva apariencia de una práctica médica, que mantiene estables (a pesar de todas estas sofisticadas técnicas) las injustas diferencias en la accesibilidad a los servicios de salud.

El biologismo no es algo nuevo en medicina. Es más, está

estrechamente ligado a su desarrollo histórico. Sin embargo, hoy adquiere otros rasgos y derivaciones que son mucho más graves que el reduccionismo o la extrapolación arbitraria de modelos orgánicos a realidades sociales.

Cuando se insiste en destinar cuantiosos recursos para encontrar los virus productores del cáncer en lugar de actuar sobre otras causas perfectamente identificadas, como la contaminación ambiental, las condiciones insalubres de trabajo o los aditivos químicos en productos alimenticios, se está haciendo biologismo. Cuando, por otra parte, se jerarquiza a los modelos organicistas de la conducta humana, basados en el *input-output* o estímulo-respuesta, tan frecuentes en el conductismo, el análisis sistemático y la investigación operativa, también se cae en el biologismo. Éste no es sólo una abstracción expresada en el discurso científico sino que también tiene su materialidad, su concreción, en los recursos y en la definición de prioridades para la investigación, o en las medidas de atención médica que se asumen cotidianamente.

Los ejemplos de este permanente retorno a la biología en búsqueda de respuestas a problemas sociales, psicológicos o de salud podrían constituir un largo listado, y esto preocupa de diversas maneras. Por un lado, significa un retraso en el conocimiento científico. Al menos en el campo médico social eso está claro y el ejemplo del cáncer no es el único, aunque sí el más publicitado. Podríamos agregar el de los accidentes de trabajo, la desnutrición y la enfermedad mental.

### 3. *Biologismo y racionalidad capitalista*

Por otra parte, conviene señalar una segunda preocupación, acerca de la articulación entre la racionalidad capitalista y la racionalidad biologista. Quizás, irónicamente, la misma índole de la materia que trata permite que el biologismo sea una presencia que nunca se destruye por completo, y que resurge periódicamente como alternativa innovadora: sociobiología, ecología humana, tecnología educativa, etcétera. Son expresiones de que algo más que un proceso de

desarrollo del conocimiento está por detrás de esta vitalidad.

Pêcheux explica la relación entre racionalidad biologista y capitalista en términos de que la biología es particularmente vulnerable a ser explotada por las diferentes formaciones ideológicas. Así, la biología cartesiana atribuyó un origen mágico a la fuerza vital en tanto fue coherente con el absolutismo real; en cambio, Claude Bernard, dentro del contexto de la democracia liberal, restableció la causalidad específica de la fuerza vital.

Si la historia de la relación entre biología y necesidades del sistema capitalista muestra extremos trágicos como los alcanzados durante el nazismo, o niveles menores como las manifestaciones presentes y ya mencionadas de un biologismo redivivo y cambiante, podemos preguntarnos si el pasaje de una biología que clasifica, define y rotula a otra que programa no establece la forma de articulación propia del capitalismo monopólico.

El desarrollo de esta articulación se refleja en lo politoideológico y también en lo económico. En forma simplificada esto se expresaría en que cada estructura de poder genera o utiliza un biologismo a su medida. Al servir como fuente y posterior apoyatura para las diversas teorías sociales y políticas de Spencer, Comte, Parsons y sus seguidores, se cumple con el nivel político, mientras que las necesidades de racionalización de la producción económica capitalista se expresan en la biología a través de su aplicación en la medicina y, más recientemente, en la educación.

En este sentido, este libro significa una llamada de alerta en cuanto a la utilización ideológica de la biología, de manera alguna el establecimiento de un prejuicio en su contra.

El detallado análisis que se efectúa acerca de los supuestos teóricos presentes en la etología de Lorenz, en las teorías del aprendizaje de Skinner o en la ecología de Ehrlich sirven para colocar en un plano crítico teorías que tienen vasta aceptación en América Latina, planteando así una reflexión acerca del papel que juegan como instrumento de la colonización científica.

HUGO MERCER

## ¿Por qué la biología?

Pregunta general y ambigua: del lector, al lector, a nosotros mismos. La expresaremos de esta manera: ¿en qué la biología es una referencia ideológica<sup>1</sup> y por qué? Esta interpretación no aclara mucho las cosas, pero, al menos, tiene el mérito de obligarnos a explicarlas.

No aspiramos a juzgar progresos y elecciones metodológicas en la investigación actual en biología. Ya no es razonable librarse a una lucubración prospectiva sobre las consecuencias epistemológicas de tal o cual nueva perspectiva en los estudios sobre lo viviente. A decir verdad, a falta de auténtica familiaridad con el campo, no habríamos elegido abordarlo si no se hubiese impuesto progresivamente a cada uno de nosotros como referencia frecuente a la manipulación ideológica en otras disciplinas, en otros campos de trabajo. Sociólogos, psicólogos y lingüistas, todos fuimos alcanzados por la biologización acelerada de los problemas políticos y sociales y esto tanto en los discursos científicos como oficiales, en los de los *mass media* y en las prácticas sociales mismas. Es, pues, a fin de verificar esta observación

<sup>1</sup> Lo ideológico puede ser tomado aquí en el sentido que le da M. Augé (*La construcción del mundo*, París, Maspero, 1974): "La coherencia virtual de las representaciones que propongo llamar ideológica (...) Quizás sea posible, por una parte, comprender cómo lo ideológico (producción local reconstituible) funciona directamente como ideología (privilegiando líneas de fuerza y confundiendo sistemáticamente problemas individuales y problemática social) y, por otra parte, poner en evidencia el juego de las representaciones confrontadas en el discurso de los 'profetas' actuales (...)"

que hemos concebido el proyecto de esta obra exploratoria: ¿se trataba de una impresión o encontraríamos, justamente, los signos de un proceso ideológico que se constituía en forma progresiva en el pensamiento y la práctica sociales contemporáneos?

Es necesario, pues, recordar aquí, a título de esclarecimiento, algunas evidencias iniciales. Ante todo, distinguir una biología que, en tanto disciplina, tenga por finalidad explicitar fenómenos que competen a lo que se llama vida. Reconocer, en consecuencia, a los que “hacen” la biología, es decir a aquellos cuyo esfuerzo consiste en determinar metodologías para responder al proyecto precedente. Pero hay que tener cuidado, ya que el rótulo de “biólogo” puede recubrir un conjunto heterogéneo de personajes, los que lo son y los que no lo son, por más que quieran presentarse como tales a la prensa, en las obras de divulgación o en campos de práctica tales como la ecología y la medicina; es decir, publicando (los primeros) en revistas científicas especializadas o ejercitándose (los segundos) en un criterio reflexivo sobre su trabajo, sobre su ciencia, y sobre una definición de lo viviente. Esta segunda actitud es la que nos interesa. Esta opción impone preguntarse acerca de las razones y circunstancias de ese diálogo querido por el científico con el público: divulgación, profecía, imperialismo, mesianismo.

Desde luego, la existencia de ese diálogo, de esta explicación de su saber en su tiempo, nunca es inocente ni voluntaria. Asistimos a un florecimiento de obras que consagran un cierto triunfo de la biología. La mayoría —y ni Jacob ni Monod escapan a ello— hace una epopeya del desarrollo de la instrumentación y de la experimentación. De esta manera, se impone el gusto por una historia de la biología asimilable a la cronología de una serie de hazañas “deportivas” de laboratorio. Indudablemente, nuestra sociedad, amante de lo espectacular, exige esta representación. Pero digamos, citando a G. Canguilhem:<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *Etudes d'histoire et de philosophie des sciences*, París, J. Vrin, 1970, p. 19.

La historia de los instrumentos o de las academias sólo es la historia de las ciencias si se la relaciona con las teorías en sus usos y empleos.

No es, pues, nuestra intención examinar en detalle los considerandos conceptuales de una teoría dominante de lo viviente. Tampoco lo es unir directamente conceptos y representaciones (esquemas explicativos de los fenómenos) con intereses económicos y sociales y con ideologías religiosas o políticas. Desde luego, corresponde que hagamos alusión a ello en uno u otro lugar. Pero no es suficiente. A lo sumo se trataría, pues, de ejercitarse en un marxismo divulgado, lo que rechazamos por varias razones.

En primer lugar, la historia general es, ante todo, política y social y no exige, necesariamente, la historia de los métodos y de las teorías científicas. Además, los científicos no necesitan ser también historiadores de su ciencia para ejercer su actividad. El desarrollo de la biología, si bien depende de los progresos pasados, no está exclusivamente determinado por éstos. Es muy distinto, desde luego, cuando se trata de explicar “su” descubrimiento. Es éste el aspecto que nos interesa ya que en ese caso se manifiestan las relaciones entre una filosofía y una ciencia. El examen de estas relaciones es, justamente, lo más indicado para esclarecer este lugar en el que se elaboran concepciones que se quieren hacer aparecer como comunes, representaciones que, al darse como explicaciones, son en realidad, intervenciones sobre lo social. Fenómenos de producción del sentido, esquematizaciones activas que se explicitan en campos flagrantemente actuales, tales como la medicina (gestión de los cuerpos) y la planificación tecnocrática de la vida (nacimiento, salud, vejez).

Efectivamente, puede decirse que en todo momento de la historia semejante filosofía pidió a una ciencia triunfante que le diera modelos de conocimiento y, por ende, representaciones del mundo. Es el caso actual de la biología, “milagrosa” para algunos. Inversamente, en cada momento de la historia esta ciencia investigó en otros campos la ex-

plicación analógica de los fenómenos que trataba. Esto es lo que siempre ocurrió en biología. Se suma a ello que, adornada con el bonito nombre de ciencia, es para algunos la única que "explica" verdaderamente el mundo y ya que para los mismos, en general, las palabras traducen las cosas, su discurso está concebido como la traducción del orden de composición de los fenómenos naturales. Ya en sus pos-trimerías, nuestro siglo XX continúa aferrándose así a una religión del progreso que le ha legado la ortodoxia científica del siglo XIX positivista. He aquí nuestras razones y nuestra intención: actualizar esta representación de lo viviente impuesta por los biólogos con la finalidad de ser ampliamente difundida, determinar en qué "vacantes semánticas"<sup>3</sup> se inspira esta representación y señalar, en lo posible, las consecuencias sociales de la misma. De ahí la variedad de las perspectivas abordadas en esta obra. De ahí también este terror, que es el nuestro, por ciertos discursos actuales y, más aún, por las prácticas observadas.

La biología, la naturaleza, la selección, se tornaron armas opresoras en manos de la ideología y organización dominantes. Lo serán mucho más. Nos parecía necesario escribir, aunque ignorantes aún de la utilidad de los textos aquí presentados. En resumen, tendemos cada vez más a considerar, por nuestra parte, que cierta filosofía "biologista" es garantía y modelo de la ideología dominante y, por ello mismo, instrumento de poder (esquemas explicativos difundidos entre el público y referencias para otras analogías científicas). Hecho sin duda paradójico cuando se sabe que este discurso biologizante sólo se construye copiando otros modelos de otros campos. Pero no se trata ya de paradoja cuando se llega a señalar que cierto modelo "lógico" de lo viviente sirve muy oportunamente de caución para racionalizaciones "lógicas" de la vida: selección, jerarquía, orden, todo ello basado en un orden llamado "natural". El eugenismo de los años 1930-1940 ya no está de moda, pero la

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 13: "El lenguaje de los químicos (biólogos) del siglo XIX encuentra sus vacantes semánticas en el período anterior a Lavoisier, porque éste instauró una nueva nomenclatura."

noción de "dones" (herencia) y la concepción de las desigualdades programadas lo ha reemplazado. En otros términos, no son los resultados obtenidos en biología los que hacen de ella una ciencia dominante sino cierta filosofía, que a la vez la subtiende y que traspasa las otras filosofías del conocimiento y las puestas en práctica que ellas implican. Los biólogos son conscientes de ello desde el momento que no lo confiesan y en la medida misma en que se presentan como evolucionistas antes que como científicos.

Desde entonces la biología expone para sí el estatuto de una flexibilidad y una generalidad reunidas para explicar la evolución de las sociedades comparada con la de los organismos. Comodidad inquietante. De este modo, existe una autonomía de la filosofía de la evolución con relación a los resultados propiamente dichos de la biología. Es por esto que para el biólogo la cuestión es, desde siempre, ubicar su ciencia bajo el signo de la teleología: finalidad de los seres y de lo viviente, sentido del mundo. A esto hay que agregar la voluntad de una unión de las ciencias que después de Aristóteles y de la cristiandad, el positivismo ha expresado como un ideal posible (¡y por lo tanto existente!). El instrumento esencial de ese proyecto permanente es, en primer lugar, el discurso garantía suficiente de poder social. Es a las palabras a las que se va a confiar la responsabilidad, no solamente de clasificar sino también de fundamentar la existencia de una representación con objetivo común. Es también a las palabras a las que se les pedirá que justifiquen prácticas y poderes: la biología se convierte en referencia indiscutible de un orden que deja de parecer sociopolítico en tanto que garantido como "natural". De este modo, la difusión de un modelo de conocimiento no posee otra mira que la de construir un discurso universal sobre lo viviente, fuente de jerarquía general de los individuos y de las sociedades. Ésa es la empresa que abordamos.

El discurso biológico actual conserva esto de positivista (el proyecto de unificar las ciencias): no hay que buscar sino en él mismo los principios que propone. El fundamento esencial de ese positivismo está en el evolucionismo: concep-



ción de una progresión de las ideas y de la historia conforme a una marcha selectiva de los fenómenos vivientes. Que nadie se sorprenda pues, de encontrar regularmente —sobre todo en J. Monod— la confusión entre biología y darwinismo, en tanto predomine la preocupación de reunir evolución de lo viviente y evolución de las sociedades para conformar una con otra. La investigación de las causas primeras para fundamentar las causas finales conduce así a curiosos efectos teleológicos bautizados lógicos. La especie es el resultado de la selección, ya que ésta la determina progresivamente: el constituyente es definido por lo constituido, la propiedad por el resultado. Este razonamiento puede perdonarse, pero hay algo más grave aún: a partir de esta teleología de la especie se construye, en efecto, una representación de la historia de las sociedades basada en la selección y eliminación de los menos adaptados (J. Monod). De ahí a encarar una historia de la selección de las ideas y a retener a la biología como el sistema de ideas mejor adaptado sólo hay un trecho, a menudo franqueado. La pregunta fundamental que nos hemos formulado corresponde a esto: ¿cómo fue posible una representación tal de lo viviente (historia, difusión de ideología ambiente, proyecto filosófico)? ¿Y cómo —todos sabemos que no existen milagros— justifica esta representación cierto número de ordenamientos sociales (gestión y selección) a menos que no se inspire en ellos para constituir el orden mismo de su discurso? Responder a estos dos interrogantes supera las posibilidades de una empresa limitada en el tiempo como la nuestra. Al menos, hemos intentado precisar algunos jalones a título de apertura para el lector.

Es el caso de la observación —reconocida por el biólogo— de la permanencia de una esquematización mecanicista de lo viviente. Mecanismo éste que se remonta muy lejos, dado que la biología aristotélica se presentaba ya como una tecnología del universo, atribuyendo a las variedades de la naturaleza finalidades técnicas especializadas. No fue, ni antes ni después, una empresa aislada. Esto continuó hasta el siglo XIX con la subordinación de la fisiología a la anatomía, con

la construcción progresiva de una biología de las funciones (Harvey, Haller). Claude Bernard, en realidad, no modificó en nada esta perspectiva.

Actualmente, la biología, inspirada en el modelo termodinámico y en la teoría de la información, toma de la tecnología sus modelos de explicación de las funciones del organismo. La voluntad teleológica se marca así aún más: las partes son concebidas como piezas de la máquina corporal y, sobre todo, como medios de finalidad atribuida a un todo mecánico, justificando a éste, como él los justifica a su vez. Que no se caricature, sin embargo: el modelo actual de la biología ya no es un modelo físico en el sentido de la antigua mecánica. Cuando Watson y Crick recibieron el premio Nobel en 1962, ya habían establecido —ocho años antes— que existía una especie de plan seguido por las células para sintetizar los materiales proteínicos de nuevas células y que ese “programa” se manifestaba bajo la forma de un orden de sucesión de un número finito de bases a lo largo de una doble hélice de fosfatos azucarados. El descubrimiento galardonado por el premio Nobel 1965 (F. Jacob, A. Lwoff, J. Monod) es que esta síntesis se hace en función de las informaciones del medio celular. De manera que la biología actual, después de haberse inspirado durante mucho tiempo en la mecánica, física y química, lenguajes basados en modelos geométricos, toma ahora elementos de la teoría lingüística de la información. Su discurso se organiza sobre el discurso de la lengua. Curioso avatar para una epistemología cuyo proyecto es el conocimiento de la vida. Curiosa referencia para una organización social cuyas prácticas se refieren cada vez más a una naturaleza convertida en discurso.

En conclusión, es por eso que dos clases de preocupaciones han motivado nuestro trabajo y la forma actual de esta obra: determinar las modalidades de ese poder argumentativo que ejerce el discurso biológico; explicitar la influencia de la representación biológica en las prácticas y aparatos de control social. En el primer caso se trataba de señalar lo esencial de las continuidades y de las argumentaciones que fundamentan este discurso totalizante y universal, tanto en

los escritos teóricos como en las obras de divulgación (F. Jacob, J. Monod, J. Bernard, K. Lorenz, y B. F. Skinner). En el segundo, las prácticas observadas conciernen a sectores fundamentales para la planificación social (tecnocracia) como la medicina, la economía, las ciencias del comportamiento y, más recientemente, la ecología. El lector comprenderá fácilmente la relación dialéctica instaurada entre esos discursos y esas prácticas. Ciencia de la vida y ciencia del hombre, la biología pretende, actualmente, responder a cualquier pregunta que el hombre se formule. Su eficacia social se debe a que más allá de una filosofía del destino humano individual y colectivo, produce instrumentos concretos para dominio del cambio corporal; actúa no sólo en el curso de las enfermedades sino en el destino celular de la especie. Por esto, interviene en el campo político al producir nuevas técnicas de decisión y permite, de esta manera, la instauración de un control social tanto más poderoso cuanto que sus indicadores sociales se consideran como indiscutibles. Por esta situación que le es propia, en la convergencia de lo técnico y lo económico, es que se constituye como motor de crecimiento social al mismo tiempo que representación uniforme del destino individual y colectivo. De allí que sea campo de posturas políticas primordiales.

## I. Biología y gestión de los cuerpos

*Antoinette Chauvenet*

La primacía de la biología sobre la medicina en el orden de las representaciones; la dominación social del médico sabio sobre el médico humano; las prestaciones sociales para la enfermedad por el consumo de actos científicos; un estatus social de aquélla que oscila entre la anomalía corporal y el deber del cuerpo en relación con el crecimiento económico; una estructura sanitaria organizada como un sector particular de las actividades industriales: tales son los signos del reino de la ciencia y de su producto, la técnica, sobre los cuerpos.

Sin embargo, la fuerza de la imagen de la ciencia brega por la neutralidad ideológica. La naturaleza que explica pertenece a una realidad en crisis con la cuestión de las metas inherentes y de las causas finales; pero, en tanto que acto de dominación sobre las cosas y de dominio de la naturaleza y de los comportamientos humanos, la ciencia es profundamente política. Nuestro propósito es mostrar, a través del análisis de las relaciones existentes entre la medicina y la biología, que la paradoja de la omnipotencia de la ciencia, definida por su neutralidad, brega por su real función social al servicio de un orden determinado.

### 1. *La enfermedad como objeto científico*

El *Larousse Médical* de 1912 da tres definiciones de en-

fermedad. La de Sydenham: "Un esfuerzo de la naturaleza que, para conservar al enfermo, trabaja intensamente en la evacuación de la materia morbífica"; la del profesor Bouchard: "La enfermedad es el estado dinámico del organismo que, a la vez, soporta los ataques de la causa y reacciona contra ellos." El *Larousse* agrega que la reacción bienhechora puede ser de tal índole que el individuo se sienta mejor después de una enfermedad, o al menos después del acceso de una enfermedad. Tal es el caso, por ejemplo, de un gotoso luego de una crisis.

Por último, para Claude Bernard, "en la naturaleza todo ocurre según las leyes que siempre son absolutas, es decir, que siempre son normales y determinadas; el estado fisiológico y el estado patológico están regulados por las mismas fuerzas".

El *Petit Robert* da, setenta años más tarde (*sic*), una definición cercana a la de Claude Bernard y muy diferente de las dos primeras: "La enfermedad es una alteración orgánica o funcional considerada en su evolución, a la vez que una entidad definible."

Entre la primera y la última definición se opera un deslizamiento considerable de las concepciones de la enfermedad, en cuanto al principio de realidad que la define, a su sentido y a la función del sujeto.

Estas cuatro definiciones hacen aparecer una dicotomía entre la naturaleza y el sujeto, una exterioridad de ésta en relación a aquél. Sin embargo, el sujeto no está completamente ausente en las dos primeras definiciones. En la de Sydenham, la naturaleza tiene por función la conservación del enfermo y la integridad del sujeto. Este último se halla presente a nivel de la teleología de la naturaleza y de sus metas finales. En la de Bouchard, está presente bajo la forma de la unidad y de la indivisibilidad del organismo, considerado como la entidad fundamental. Pero, al igual que en la definición precedente, la lucha del organismo implica la exterioridad de las causas, es decir, de la agresión de la naturaleza.

En la definición de Claude Bernard y en la del *Petit Ro-*

*bert*, la naturaleza obra con total independencia del sujeto, el cual está absolutamente sometido a sus leyes.

A. La dicotomía naturaleza-sujeto, ya presente en Hipócrates, es el fundamento de la medicina occidental como ciencia específica. Es su fundamento como ciencia en el sentido en que se niega al sujeto enfermo el derecho de conocer su enfermedad, debiendo someterse a una mirada exterior. La exterioridad de esta mirada y, por ende, su tratamiento, fundamenta el doble estatus del especialista y del científico. La exclusión del sujeto induce a una ruptura característica de toda ciencia, al mismo tiempo que la sumisión al especialista significa la intrusión del orden social en el cuerpo.

El carácter específico de la medicina como ciencia —y este estatus científico es un hecho contemporáneo reciente— se debe, a nuestro parecer, al hecho de que ella tiene, justamente, por objeto reprimir y negar la función del sujeto en su cuerpo, a fin de hacer reinar un cierto orden —determinado históricamente— sobre el cuerpo y los sujetos.

La ubicación de un orden social de los cuerpos supone técnicas de control del mismo, una ciencia de los comportamientos, un arte, en síntesis, de la dominación del sujeto. Para instaurarse, debe imponer su ley a las disciplinas que rehabilitan al sujeto. La medicina, y todas las disciplinas cuyo objeto de estudio es el comportamiento humano, niegan el estatus de ciencia a aquellas que dan cabida al sujeto. Si la psicología y la medicina psicosomática tienen derecho de ciudadanía —para hablar sólo de las disciplinas que interesan en el sujeto individual—, lo tienen en tanto que disciplinas colonizadas por la medicina (medicina psicosomática); son un estatus de especialidad médica que figura al margen de las otras disciplinas médicas, cuando no son simplemente negadas (como es el caso de la psicología y del psicoanálisis).

El principio de realidad (en el sentido filosófico del término) en estas dos primeras definiciones es el sujeto, ya se trate del sujeto enfermo o del organismo; en las definiciones de Claude Bernard y del *Petit Robert* hay que buscarlos en la enfermedad o en las leyes de la naturaleza.

Mientras que hace un siglo se nos mostraba al científico contentándose con la observación del trabajo del organismo para luchar contra la enfermedad, hoy el científico crea, con su sola intervención, un principio de realidad; el trabajo de definición y de clasificación científica produce un hecho real: una entidad, la enfermedad. La ciencia se transforma en una instancia productora de lo real; por ella la enfermedad existe, evoluciona, según leyes naturales, y dentro de los límites de su definición. Se desemboca en una hipóstasis de la ciencia y, al mismo tiempo, en la de su objeto. En el mismo movimiento se establece una confusión entre el objeto y el método. Asistimos a una estricta objetivación de la existencia humana regida por leyes científicas, es decir, por leyes casi físicas que descubren fisiólogos y biólogos y a una percepción mágica de la función de la ciencia, en tanto que instrumento de producción y de dominación de lo real.

El médico se contentaba con aliviar —dentro de los límites de su arte— los sufrimientos del individuo en lucha con su propio destino. Actualmente pretende dominar al destino. El científico desposee al individuo de la realización de su destino. La mitología médica produce una medicina omnipotente, capaz de decir la causa de la muerte, de decidir la hora de su llegada y de tenerla en jaque cada vez más.

Estas definiciones se oponen, por último, en lo que hace al sentido dado a la enfermedad y a la teleología de la naturaleza.

En las dos primeras, la naturaleza tiene por finalidad y por principio la conservación del individuo. En el orden de las representaciones y de las creencias, el destino humano se realiza a través del individuo (creado a imagen de Dios), principio y fin de toda empresa humana. La naturaleza es sólo el medio de esta obra humana; está al servicio de la acción del hombre. En las concepciones actuales el principio y el fin de la naturaleza son exteriores al hombre-individuo y lo dominan. El individuo no es más que un elemento sometido a las leyes infalibles de la naturaleza y, por lo tanto, de la ciencia. Está en una situación diametralmente opuesta

a la que ocupaba hace menos de un siglo: la finalidad, el sentido, le pertenecían. Actualmente, la ciencia legitima un orden natural (es decir, una forma social histórica de dominación) que somete al individuo a leyes tan infalibles como la ley divina.

La naturaleza tenía por principio la conservación del individuo. Hoy tiene por principio la conservación de la especie. La enfermedad ya no trabaja por la conservación del individuo sino por su destrucción, en provecho de las generaciones venideras (la promesa de un reparto de los bienes producidos en una mañana social eterno). Hoy es un episodio de una evolución que conduce ineluctablemente a la destrucción, es decir, a la muerte del individuo. Las fuerzas que hoy regulan el estado fisiológico y el estado patológico obran por la conservación ya no del individuo sino de la especie.

Así surge, del análisis histórico de las deficiencias de la enfermedad, la extensión del poder científico. La naturaleza queda reducida a sus leyes, es decir a las leyes científicas. El positivismo científico pretende definir sólo lo real.

Este avasallamiento de lo real por la ciencia, al aspirar al universalismo, debe establecer, necesariamente, un corte entre el terreno de la ciencia y el de las finalidades o de lo político. Éste debe pasar por una neutralidad que permita a la ciencia ubicarse fuera, es decir, por encima de la práctica concreta. Esta especie de esquizofrenia permanente de la posición científica es una de las consecuencias del corte establecido entre sujeto y objeto, y de la necesidad de recurrencia generalizada al especialista, prótesis universal del sujeto. El corte establecido por la ciencia en su propio interior no es algo nuevo:

La tensión entre la Razón, por un lado, y las necesidades y los deseos de la población (que ha sido objeto pero rara vez sujeto de la Razón) por otro, ha existido desde el comienzo del pensamiento filosófico y científico (. . .) En la asociación entre Logos y Eros, Platón exigía ya una supremacía del Logos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> H. Marcuse, *L'Homme Undimensionnel*, París, Le Seuil, 1968. Edición en español: H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, México, J. Mortiz.

## 2. Ciencia, medida y producción

Quien dice ley dice medida. Pero la medida no abarca la experimentación, es decir, la prueba concreta de los hechos; no es más que una de las formas posibles de la verificación experimental y, sin embargo, es la única reconocida como medio de prueba en el mundo de las ciencias. Sólo ella permite dar a una disciplina el estatus de científica. La verificación vivencial del sujeto, entre otras, no es admitida, sino antes bien rechazada como anticientífica. La experiencia del sujeto carece de suficiente credibilidad y la única que se reconoce es aquella que se somete a la medida, es decir, a la técnica.

Desde el momento en que las únicas leyes legítimas son aquellas cuyo carácter científico conduce a la verificación por la medida, la instrumentación, la manipulación y la medida se transforman en constitutivas de lo real. La medida, en tanto que constitutiva de la realidad legítima, opera como selector de lo real, admitido en la esfera de lo racional. Todo aquello que escapa a las ciencias fundadas en la medida es de dominio de lo irracional. Fuera de ella es el reino de la superstición, de la locura, de la magia o de la religión.

No hay que sorprenderse, entonces, de ver que lo que hoy se opone a la metafísica no es ni más ni menos que la medida como principio explicativo del orden de las cosas y como finalidad histórica. Así, Jean Bernard sitúa, actualmente, la noción de terreno:

Durante mucho tiempo toda una corriente de la medicina, aliada a la metafísica se sació de la noción de terreno; pero he aquí que, por primera vez, se da una definición bioquímica del terreno, que por primera vez se reconoce, se mide, la perturbación específica responsable.<sup>2</sup>

La medida se transforma, al mismo tiempo y ya que opera como sistema de selección de lo real, en principio jerárquico,

<sup>2</sup> J. Bernard, *Grandeurs et Tentations de la médecine*.

sistema de contraste de las diferentes ciencias. Jerarquiza a las ciencias exactas entre sí, y las opone globalmente a las ciencias llamadas inexactas en tanto que no han constituido su objeto en función de un sistema de pruebas, pasando por la verificación experimental mensurable. Es en virtud de la negación de todo medio de prueba diferente de la medida que las ciencias llamadas exactas establecen su dominación sobre las otras disciplinas del conocimiento y que excluyen de la esfera científica a la psicología no experimental y al psicoanálisis.

Es así como, por ejemplo, Jean Bernard encara el futuro de estas dos disciplinas:

Pueden tenerse en cuenta dos hipótesis:

- 1- O bien se propondrán, en forma más o menos rápida, explicaciones racionales, fundadas en pautas mensurables, de todas las perturbaciones de las cuales se quejan los enfermos;
- 2- o bien persistirá, al margen de este campo mensurado, un sector dominado por los mitos, por las fuerzas inconscientes, sector que sólo es asequible a ciertos domadores de mitos especializados.<sup>3</sup>

La medida opera, entonces, como selector de lo real, como principio de la selección de lo racional en relación a lo irracional. Ella asegura la dominación de las disciplinas científicas cuyo sistema de pruebas descansa en la verificación cuantificable.

Pero, ¿de dónde vienen el reino de la medida y la hegemonía de las ciencias exactas?

Aparentemente, habría que buscar una explicación en la relación existente entre la medida y su instrumento, la técnica: en efecto, la medida asegura la dominación de los instrumentos que utiliza, es decir, el reino de la técnica. La ciencia, o mejor dicho, las ciencias dominantes, aseguran, mediante un simple giro ideológico, el poder de la técnica: ésta, en tanto que provee el instrumento material de la me-

<sup>3</sup> *Ibid.*

dida y que es, en última instancia, lo que permite legitimar su estatus, se convierte en el objetivo, la finalidad de la ciencia. Ella es la que, finalmente, opera como selector principal de lo real, y como principio de dominación sobre los seres y las cosas.

Así como la medida legitima su instrumento, la ciencia justifica la técnica y la promueve como fin y medio de toda actividad humana tanto económica y social como intelectual y política.

Si tanto se habla de tecnocracia es sin duda porque la técnica ocupa un primer puesto en el sistema de dominación social moderno: si la ciencia es el instrumento de promoción política e ideológica de la técnica, ésta legitima y orienta el objeto de la primera, porque es, a la vez, prueba y producto de la ciencia. Tiene, al mismo tiempo, una función motriz en la producción: promueve toda actividad humana al estatus de objeto y de mercancía. La finalidad instrumentadora de la ciencia en búsqueda de leyes siempre nuevas significa la búsqueda de nuevos productos, de nuevas técnicas y, en general, de la producción de objetos. Esta finalidad y la forma especializada de la actividad científica confieren a estos productos su naturaleza comercial.

Así ocurre con la asistencia médica, que se comercializa cada vez más, en un contexto de organizaciones altamente industrializadas. La era del médico para el cual su trabajo entra en la esfera de la medida y, por ende, del control administrativo y de la cuantificación economista, es la era de la medicina comercial. Más que asistencia, los enfermos consumen productos médicos, técnicas y maquinaria médicas. La ciencia va a remolque de la técnica. En los sectores "encumbrados", los programas de investigación se definen a partir de objetivos de desarrollo de las técnicas médicas. Se privilegia a nivel de la planificación del sector de la salud, la extensión del genio médico, es decir, el utillaje bajo todas sus formas. De este modo, la naturaleza de la realidad que la técnica fundamenta, es decir, el campo de la medida, le confiere su estatus racional.

En la medida de la ciencia, la técnica es el ins-

trumento material e ideológico de dominación, por excelencia, sobre la naturaleza y sobre el hombre. Su fuerza brega porque pueda omitirse toda otra referencia exterior a la ciencia, de orden político o moral, para legitimarse.

Las ciencias dominantes favorecen el desarrollo de la técnica, es decir, el crecimiento económico. Actualmente están enfrentadas en forma directa con las esferas políticas y económicas. Es por ello que la biología figura en un buen lugar en el mundo de las ciencias. Pero creemos que el lugar dominante de la biología en ese mundo no consiste sólo en su función de exaltación de la técnica tanto en el plano ideológico como en el material, función que comparte con todas las ciencias que se prestan a la experimentación técnica, sino en su función privilegiada en las ideologías sociales, por un lado, y en su empleo por la medicina, por otro, en provecho de la instauración de un determinado orden social.

### 3. La primacía de la biología en el orden de las representaciones

La biología influye en forma determinante y hasta podría decirse hegemónica sobre la filosofía social en general, sobre la filosofía de las ciencias más particularmente.

Ocupa, además, un lugar central en las ideologías médicas, ya se trate de las ideologías profesionales o bien de las representaciones actualmente dominantes de la enfermedad y de la muerte.

La influencia de la filosofía biológica no ha dejado hacerse sentir desde Darwin.

La física newtoniana y la biología evolucionista tienden, desde sus inicios, a engendrar una fuerte impresión de universalidad. En particular, la segunda lo hace por las analogías que no tardan en suscitar en todos los dominios en que se trata de procesos luctuosos o históricos.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> S. Papert, "Epistémologie de la cybernétique", *Logique et Connaissance scientifique*, París, Gallimard, *Encyclopédie de la Pléiade*, dirección Jean 1967.

La "teoría" de la evolución es lo que actualmente sirve de sistema causal universal, sea cual sea el campo de reflexión. Influye sobre la filosofía social al proponer modelos de representación del cambio social, o del devenir de la sociedad, modelo de crecimiento y una filosofía del conflicto. Provee de una explicación histórica a todas las preguntas que el hombre se plantea sobre su pasado, su presente y su futuro. Sus desarrollos más recientes definen una nueva génesis que hace las veces de metafísica: así el azar y la necesidad explican la creación del mundo y su reproducción en un sentido ineluctable. Por último, puede dar cuenta del destino: la teleología de la especie está determinada por la evolución biológica.

Pero he aquí que se debe al hecho de que las teorías biológicas neodarwinianas pueden esquivar la cuestión de la causalidad, cumpliendo con el esfuerzo lógico consciente en atribuir a la actividad científica de los biólogos o a las leyes que ellos definen, el mismo estatus que el objeto de su investigación, que pueden pretender llegar al universalismo lógico, político y científico, y al universalismo causal en general. El razonamiento, fundamento del universalismo biológico, descansa sobre un argumento de autoridad camuflado detrás de la ley científica: la evolución es una ley que se aplica a las leyes de la naturaleza. Ahora bien, la actividad cerebral es una actividad de la naturaleza; en consecuencia, todo producto de esta actividad cerebral y, en particular lo que dicen los biólogos, entra en el campo de aplicación de las leyes biológicas. Un razonamiento de esta índole admitiría la coexistencia de una afirmación que expusiera lo contrario, ya que es igualmente el producto de la actividad cerebral. Por lo tanto, hay afirmaciones justas, y es allí donde se opera el esfuerzo lógico. Los biólogos utilizan su autoridad social, su posición dominante en el campo de las ciencias, para atribuir valor de verdad a sus afirmaciones filosóficas, con exclusión de otras formas de razonamiento: si los biólogos dicen cosas justas es porque están socialmente en condiciones de determinar lo Verdadero de lo Falso y de legislar en la esfera científica. Así, el positivismo y el

reduccionismo, particularmente impudentes en la filosofía neodarwiniana, aseguran al biólogo una posición de poder usurpada por un argumento de autoridad: se apoya en resultados, o en una eficacia en el orden de lo real para gobernar a lo real en su totalidad y no admite más que la racionalidad evolucionista.

Las ciencias biológicas parecen sufrir una especie de depresión epistemológica que las condena a dudar entre una humildad experimental tenida por la virtud misma y una pretensión filosófica que en ninguna otra ciencia está arraigada en tono tan polémico (. . .) De hecho, no existe ningún lazo orgánico entre la filosofía biológica en la que todo está permitido, y los rigores experimentales del trabajo de laboratorio, donde toda alusión teórica está prohibida.<sup>5</sup>

La superioridad del estatus científico de la biología sobre las otras ciencias se debe no sólo a la preeminencia de sus métodos sino a su posición de fuerza en el terreno de las ideologías. La aplicación de lo que no es más que una simple teoría, discutida, por otra parte, por numerosos biólogos, en cualquier campo de la reflexión so pretexto de que su objeto sería la naturaleza (pero, ¿qué escapa a la naturaleza?), desemboca en un sistema de pensamiento totalitario. Es un pensamiento positivista el que hace hipostática a la ciencia y a todos sus subproductos. Y si éste no es nuevo, ha visto acrecentarse considerablemente su imperio por la extensión de la utilización de los resultados de la biología.

La primacía de la filosofía evolucionista se afirma no sólo a nivel de las representaciones generales relativas a la ciencia y en los campos más variados de la vida política, cultural o social, sino particularmente en el campo de utilización hoy privilegiado por la biología, es decir la medicina. Así, esta filosofía es omnipotente en las representaciones actuales de la enfermedad y de la muerte. La biología no se contenta con aportar un punto de vista sobre la enfermedad y un conjunto de tratamientos posible; pretende re-

<sup>5</sup> F. Meyer "Situation épistémologique de la biologie", *Logique et Connaissance scientifique*, Paris, Gallimard, 1967.

La "teoría" de la evolución es lo que actualmente sirve de sistema causal universal, sea cual sea el campo de reflexión. Influye sobre la filosofía social al proponer modelos de representación del cambio social, o del devenir de la sociedad, modelo de crecimiento y una filosofía del conflicto. Provee de una explicación histórica a todas las preguntas que el hombre se plantea sobre su pasado, su presente y su futuro. Sus desarrollos más recientes definen una nueva génesis que hace las veces de metafísica: así el azar y la necesidad explican la creación del mundo y su reproducción en un sentido ineluctable. Por último, puede dar cuenta del destino: la teleología de la especie está determinada por la evolución biológica.

Pero he aquí que se debe al hecho de que las teorías biológicas neodarwinianas pueden esquivar la cuestión de la causalidad, cumpliendo con el esfuerzo lógico consciente en atribuir a la actividad científica de los biólogos o a las leyes que ellos definen, el mismo estatus que el objeto de su investigación, que pueden pretender llegar al universalismo lógico, político y científico, y al universalismo causal en general. El razonamiento, fundamento del universalismo biológico, descansa sobre un argumento de autoridad camuflado detrás de la ley científica: la evolución es una ley que se aplica a las leyes de la naturaleza. Ahora bien, la actividad cerebral es una actividad de la naturaleza; en consecuencia, todo producto de esta actividad cerebral y, en particular lo que dicen los biólogos, entra en el campo de aplicación de las leyes biológicas. Un razonamiento de esta índole admitiría la coexistencia de una afirmación que expusiera lo contrario, ya que es igualmente el producto de la actividad cerebral. Por lo tanto, hay afirmaciones justas, y es allí donde se opera el esfuerzo lógico. Los biólogos utilizan su autoridad social, su posición dominante en el campo de las ciencias, para atribuir valor de verdad a sus afirmaciones filosóficas, con exclusión de otras formas de razonamiento: si los biólogos dicen cosas justas es porque están socialmente en condiciones de determinar lo Verdadero de lo Falso y de legislar en la esfera científica. Así, el positivismo y el

evolucionismo, particularmente impudentes en la filosofía neodarwiniana, aseguran al biólogo una posición de poder respaldada por un argumento de autoridad: se apoya en resultados, o en una eficacia en el orden de lo real para gobernar a lo real en su totalidad y no admite más que la racionalidad evolucionista.

Las ciencias biológicas parecen sufrir una especie de depresión epistemológica que las condena a dudar entre una humildad experimental tenida por la virtud misma y una pretensión filosófica que en ninguna otra ciencia está arraigada en tono tan polémico (. . .) De hecho, no existe ningún lazo orgánico entre la filosofía biológica en la que todo está permitido, y los rigores experimentales del trabajo de laboratorio, donde toda alusión teórica está prohibida.<sup>5</sup>

La superioridad del estatus científico de la biología sobre las otras ciencias se debe no sólo a la preeminencia de sus métodos sino a su posición de fuerza en el terreno de las ideologías. La aplicación de lo que no es más que una simple teoría, discutida, por otra parte, por numerosos biólogos, en cualquier campo de la reflexión so pretexto de que su objeto sería la naturaleza (pero, ¿qué escapa a la naturaleza?), desemboca en un sistema de pensamiento totalitario. Es un pensamiento positivista el que hace hipostática a la ciencia y a todos sus subproductos. Y si éste no es nuevo, ha visto acrecentarse considerablemente su imperio por la extensión de la utilización de los resultados de la biología.

La primacía de la filosofía evolucionista se afirma no sólo a nivel de las representaciones generales relativas a la ciencia y en los campos más variados de la vida política, cultural o social, sino particularmente en el campo de utilización hoy privilegiado por la biología, es decir la medicina. Así, esta filosofía es omnipotente en las representaciones actuales de la enfermedad y de la muerte. La biología no se contenta con aportar un punto de vista sobre la enfermedad y un conjunto de tratamientos posible; pretende re-

<sup>5</sup> F. Meyer "Situation épistémologique de la biologie", *Logique et Connaissances scientifiques*, Paris, Gallimard, 1967.



ducir la enfermedad a un fenómeno biológico, en sus causas mediatas e inmediatas, su desarrollo, su tratamiento y su resultado. Jean Bernard afirma que "todos los desórdenes químicos designados bajo el nombre de enfermedades están ligados a desórdenes bioquímicos fundamentales".<sup>6</sup>

Hemos visto que las definiciones modernas de la enfermedad hacían de ésta una realidad sustantivada, una entidad de orden biológico sin interferencia alguna del sujeto, que obedece a las leyes de la naturaleza. En virtud de esto, la enfermedad es reubicada en un proceso evolutivo que, en su filosofía, apela a la teoría de la evolución. La filosofía neodarwiniana interviene a nivel de la causalidad. Ya no se trata de fatalidad, de maldición o de pecado. La enfermedad es un accidente o un azar programados. Se trata de un azar necesario, el de los evolucionistas. Como tal, el azar es un principio de causalidad exterior al sujeto que altera el órgano o la función. Es una fatalidad estadística soportada. El lenguaje revela claramente esta creencia en un golpe de suerte: se "cae enfermo", la enfermedad nos "golpea" e incluso nos "aniquila". Y aún más, es un estado, se "está" enfermo.

La necesidad es un proceso evolutivo, a todas luces ineluctable por el solo hecho de ser reconstruido siempre *a posteriori*. La fuerza del destino le es conferida por este carácter ineluctable, pues nadie escapa a aquél. La necesidad es del orden de la ley general; como tal, consolida la naturalidad de la enfermedad frente a la cual la intervención del sujeto es del orden de la contingencia. En interés de la curación más vale que las formas de su propia enfermedad obedezcan a la ley general. De allí que la necesidad introduzca una noción de conformidad y, en consecuencia, de orden, en las manifestaciones de carácter morbífico.

La fatalidad natural conduce a la aceptación de un destino al cual el sujeto es absolutamente extraño. De allí que la regresión del enfermo, la intensidad de su petición, sean también interpretadas como leyes naturales de la enferme-

dad, lo cual permite que no se responda a esta petición, e el sentido en que la enfermedad es la expresión corporal de una cierta petición de intercambio social. Por ejemplo, el delirio pireico, o delirio provocado por la fiebre, hace sospechoso lo que dice el enfermo, por el solo hecho de delirar. La medicina rechaza el informe somático; su función consiste, precisamente, en negarlo atacando los síntomas, es decir, las manifestaciones del cuerpo. La medicina Occidental, en tanto que medicina sintomática, tiene una función de represión somática, independientemente de una función moralista del cuerpo y del espíritu, de una función higienizadora o, aun, de una función de regulación social de los intercambios corporales. Los "signos" de la enfermedad deben ser rechazados, reprimidos, borrados, negados o camuflados, en función de un código determinado de vigilancia de la anomalía corporal. Ciertas enfermedades "vergonzantes" o invalidantes deben ser ocultadas o marcar un estatus particular a aquellas personas o poblaciones que las sufren.

El psicoanálisis, escucha del delirio verbal, no podría "hacerse cargo" de este delirio corporal, no sólo porque la medicina dominante que tiende más bien a naturalizar lo verbal lo ha excluido del campo del soma, sino, sobre todo, porque su objeto de análisis son los desplazamientos del cuerpo en función del verbo y no los del verbo en función de la carne: si el psicoanálisis no reafirmara siempre el dominio de la psiquis sobre el soma (lo cual es su inclinación natural en tanto que sistema total de interpretación), no podría atribuir un lugar a las manifestaciones de ese cuerpo absolutamente colonizado por la ciencia, simplemente porque no es ése su objeto: ningún lugar social está a la escucha de ese cuerpo cuando se siente mal.

Ésta es la paradoja de la biología o de la medicina que, aun ocupándose del cuerpo, niegan y prohíben sus expresiones personales o los mensajes sociales, reteniendo sólo aquello que puede reducirse a leyes impersonales o a una maquinaria cualquiera.

La percepción naturalista de la enfermedad no es nueva

<sup>6</sup> J. Bernard, *op. cit.*

ni lo era en los siglos XVII y XVIII, en los cuales la enfermedad era concebida como una advertencia de Dios, y el pecado como la causa principal del mal que se sufría.

La participación de la naturaleza trabaja en ella en forma paralela y más o menos independiente. Asimismo, si las armas de las cuales dispone el enfermo son, en primer lugar, la oración y la penitencia, la insistencia de la Iglesia en obligar al médico a someter al paciente lo más rápidamente posible a la confesión espiritual demuestra que esta actitud no caía por su propio peso, y testimonia una percepción extrarreligiosa de la causa de la enfermedad.

El gran principio terapéutico de esta época era que convenía dejar hacer a la naturaleza, que naturalmente trata de evacuar los humores viciados. El reconocimiento de la autonomía de la naturaleza es, a pesar de todo, una impronta de religiosidad, dado que ésta es obra de Dios. Y quizás haya que ver en ello una de las raíces de la falta de verdadero carácter específico de los remedios (hoy se hablaría de ineficacia de la medicina de entonces en relación con un sistema de referencia contemporáneo diferente), a pesar de la sorprendente variedad de sus componentes: la naturaleza, creada por Dios, sigue siendo indivisible.

La independencia de la naturaleza aparece a través de dos factores importantes. Uno, concierne a la búsqueda de la eficacia: la sumisión a Dios se acomoda a una búsqueda por el dominio del mal:

Los enfermos y los inválidos pueden y deben buscar su curación en los remedios naturales, servirse de aquellos que el Señor ha creado con este fin y emplear todo aquello que crean que puede serles útil para aliviarse.<sup>7</sup>

El otro concierne al análisis de las causas de la enfermedad: lejos estamos de la noción de pecado y de castigo impuesto al sujeto en el acercamiento médico a la nosología:

No hay que olvidar —dice François Lebrun— que los antiguos

<sup>7</sup> F. Lebrun, *Les Hommes et la Mort en Anjou. aux. XVII et XVIII siècles*, Paris, Mouton, 1971.

médicos atribuían una función determinante al medio y a sus eventuales cambios.<sup>8</sup>

Sobre este último punto, los antiguos médicos dan pruebas de un experimentalismo muy avanzado en relación a los médicos modernos que no se han liberado de posiciones innatas (que adhieren a esquemas de causalidad anteriores a toda experiencia).

El reconocimiento de una cierta ontología de la naturaleza en medicina existe desde hace ya tiempo en otros ámbitos de la vida del hombre; así lo testimonian las obras de los más ortodoxos teólogos. Santo Tomás propone la idea de una finalidad de la naturaleza distinta de la voluntad de Dios para prohibir la anticoncepción:

Sin embargo, el semen superfluo en lo que hace a la conservación del individuo, es necesario para la propagación de la especie (...). De allí que sea necesario que se lo emita para ser utilizado en la generación para la cual el coito ha sido ordenado. Y concluye: La emisión desordenada de semen es contraria al bien de la naturaleza, que es la conservación de la especie.<sup>9</sup>

Nos podemos preguntar qué es lo que da carácter específico a las representaciones de la enfermedad, tanto en su causalidad como en su finalidad. Hemos visto que la causa externa de la naturaleza y la independencia de ella no son nuevas, y que han coexistido dos concepciones: una naturalista, externa, y otra eminentemente interna, la del pecado. Las cosas han cambiado a nivel de la organización de las prestaciones sociales para la enfermedad: se ha operado una transferencia del individuo que lleva a cabo un trabajo de penitencia para la reducción del mal, a la sociedad, por medio de los organismos de seguridad social y de los médicos. El enfermo se somete no a la omnipotencia de la naturaleza sino a aquellos que tienen poder absoluto sobre ella: incluso aquél de modificar su evolución. Por otra parte, det

<sup>8</sup> *Ibid*, p. 276.

<sup>9</sup> J. L. Flandrin, "Contracepción, mariage et relations amoureuses dans l'Occident Chrétien", *Annales*, Nov-Dic 1969, 24<sup>o</sup> Año, n. 6.

participar activamente en su curación, buscar siempre la salud que le permita saldar su deuda (con sus contribuciones y, por ende, con su trabajo) con una institución que le da o le restituye la salud. Esta deuda le prohíbe, por lo tanto, enfermarse.

#### 4. *La muerte biológica*

Si el positivismo de los biólogos neodarwinianos puede testimoniar la representación dominante de la enfermedad, contribuye de manera esencial a las actuales representaciones de la muerte. Así como la enfermedad aparecía reducida a una existencia biológica en sí, sustantivada y cosificada, la muerte es naturalizada en un mundo médico y hospitalario. La muerte es un hecho concreto, natural, reducido a un fenómeno biológico. Es un proceso natural evolutivo escindido en el tiempo en una serie de estados medidos en función de una definición legal y científica de la muerte.

Esta definición sustrae al sujeto de su propia muerte, en tanto que la medida de aquélla está dada, justamente, por la actividad cerebral inscripta en el electroencefalograma. La muerte no es más que el grado cero del trabajo de la naturaleza.

La naturalización de la muerte es concomitante a su desvalorización social. Como dice Philippe Ariès, el moribundo carece de estatus porque carece de valor social. La cuestión que se plantea es la de la naturaleza de la relación, si existe, entre la naturalización de la muerte y su desvalorización social.

Según parece, esta naturalización de la muerte puede explicarse por la naturalización en general del valor social del hombre y de su acción, apreciados como simples objetos. El punto de vista positivista con que el científico enfoca la naturaleza, aprehensión que implica una relación de dominio, es del mismo orden que la óptica con la que actualmente se enfoca al hombre desde las diferentes instancias del poder social. Podemos hablar aquí de tecnocracia en el sentido en que el punto de vista naturalista, producido por la

instancia científica que, llevada al hombre, instrumenta la acción y el destino de éste, se extiende a las diferentes instancias del poder político e ideológico y ve llevada su utilización hasta las técnicas administrativas (véase, por ejemplo, la técnica de la racionalización de las elecciones presupuestarias).

La filosofía y las teorías biológicas contribuyen de manera esencial a la producción de modelos ideológicos, ya que no sólo asignan esta instrumentalización sino que también colocan a esta última en una doble perspectiva, a la vez metafísica y social.

Las teorías neodarwinianas producen un razonamiento naturalista: escamotea al sujeto en beneficio de la sociedad y al individuo en provecho de la especie: el hombre como instrumento escamotea al sujeto. El individuo, cuerpo productivo, se reduce a un elemento de este conjunto que constituye el cuerpo social, interpretado como organismo al cual se restituye la posición de sujeto, en el sentido en que se le atribuye un destino y una finalidad. La restitución de una teleología (la de la especie) al sujeto social, negada sin embargo por principio por el razonamiento naturalista positivista, se hace a través de la teoría moderna de la reproducción. Dado que la reproducción de los hombres no se hace según un proceso de repetición infinita, se atribuye a las características de esas modificaciones un sentido, una finalidad. El científico, en este caso, al no contentarse sólo con corroborar, sale de su neutralidad para hacer metafísica. Los mecanismos de la reproducción estudiados lo conducen así a hablar no sólo de teleología de la reproducción sino también a hacer de la especie un sujeto cuyo destino es el fin último y el valor central. El pasaje de conglomerados estadísticos a una entidad-sujeto asegura, mediante una simple metonimia, la preeminencia del sujeto sociedad: la especie, conglomerado polimorfo se convierte en una unidad sujeto, la sociedad, portadora de finalidad en tanto que capaz de pensarse como sujeto.

La naturalización del destino del hombre y de su quehacer se apoya en dos creencias producidas por la teoría neo-

darwiniana: la creencia en una evolución ineluctable de la especie, que deduce su teleología de su ineluctabilidad y la creencia en una ley natural del progreso. Sujeto y conciencia se han transformado en los atributos de la sociedad, este nuevo ser orgánico dotado de inmortalidad ya que se reproduce sin cesar en un proceso evolutivo. La sociedad, y a través de ella la especie, se convierte a sí misma en su propia finalidad.

El individuo no se realiza más que a través de la sociedad; y la naturalización del destino humano limita el devenir del sujeto al tiempo social. La muerte individual no tiene finalidad para el hombre social. Al triunfo del individuo, por la creencia en la inmortalidad del alma, le sucede el de la perennidad de la especie o de la sociedad. Mientras que la individualidad adquiriría su forma definitiva en la muerte, punto culminante de la vida, gracias a una creencia en la vida eterna, la salvación no reside ya en la inmortalidad del más allá sino en el trabajo en tanto que éste es la contribución más activa al progreso social, y el portador de la promesa, eternamente rechazada, del goce de los beneficios de ese progreso.

Este declinar de la muerte triunfante culmina en lo que Philippe Ariès califica de fenómeno de inversión de la relación entre la muerte y el individuo.<sup>10</sup>

La desvalorización social de la muerte, paralelamente al desmoronamiento del individuo (piénsese sólo en el empleo cotidiano del sondeo y en la producción de una opinión pública omnipotente en la vida política), conduce a una prestación social de un tipo particular de muerte. Por un lado, ésta es reducida a su cruel realidad, trivializada, tratada en términos de higiene pública, de responsabilidad administrativa y de formalidades; por el otro, se observan conductas de escape, de negación y de conjura fantasmagórica de la muerte, únicos refugios posibles de la expresión del sujeto ante ella.

<sup>10</sup> P. Ariès, "La mort inversée, le changement des attitudes devant la mort dans les sociétés occidentales", *Archives européennes de sociologie*, VIII, 1967, pp. 169-195.

La muerte queda reducida al cadáver, el muerto a los despojos. Hay que desembarazarse cuanto antes de ese cuerpo objeto, máquina inútil, pues ya no sirve ni a la sociedad ni a la ciencia. Como parte de un ritual, el cuerpo es sacado de la vista de los profanos en el hospital, etiquetado, numerado, conservado en frío; se le hace la autopsia y recién entonces es expuesto en secreto a los sabios, con exclusividad. Luego se lo elimina. Siguen entonces el fárrago de las formalidades administrativas, cuyo único fin es hacer olvidar la verdadera cuestión.

El mito de la infalibilidad científica o más bien, el de la esperanza de que un día la ciencia pueda explicar el origen y el destino del hombre, aliado al vacío socialmente organizado en torno de la muerte, dejan el campo libre a las prácticas de conjura y de escape ante aquélla. La ciencia sirve de soporte a estas prácticas utilizadas con fines mágicos, como el encarnizamiento terapéutico y las investigaciones llevadas a cabo sobre el cuerpo vivo o muerto.

El destierro del enfermo de su medio social hacia un lugar especial para estar enfermo y morir, la insistencia en ocultar la muerte constituyen, así como el encarnizamiento terapéutico, otras tantas conductas de escape o de conjura de la muerte. Actualmente se tiende a aislar a los llamados enfermos crónicos, a los incurables y, en términos generales, a todos aquellos por los cuales la ciencia nada puede hacer, como los viejos y los *morituri*, relegándolos en lugares que funcionan como verdaderos calabozos subterráneos. Esta forma social de olvido y de represión de la muerte es mantenida por un recuerdo a menudo renovado de todas las victorias de la medicina tecnocrata y por operaciones puertas-abiertas multiplicadas en hospitales destinados a los buenos enfermos, es decir, a aquellos que son útiles a la medicina. Sin embargo, la muerte reaparece constantemente, en forma salvaje y atormentadora, bajo la forma de fantasmas colectivos e individuales. Impregna la vida cultural y social cuyo orden amenaza bajo todos los aspectos, al margen de toda práctica colectiva consciente y organizada, como principio esencial de desorden. Es que la vida biológica, actual

medida del tiempo social, es un tiempo sin fronteras y sin confines, exclusivo de la muerte. Ésta es constantemente reprimida. Toda transgresión de lo prohibido que pesa sobre ella amenaza de muerte a la sociedad. Así, la muerte y la enfermedad son profundamente aberrantes desde el punto de vista social, anómalas y peligrosas. No hay aberración más grande que la que provoca la muerte y le hace frente.

El suicidio es insoportable.

### 5. Los médicos y la biología

Las representaciones dominantes del científico, los sistemas de representaciones que los profesionales tienen de su labor, participan de esa misma corriente filosófica neodarwiniana positivista. Así, el médico se define actualmente como un sabio, cuanto más, como un técnico especializado con relación a las otras dos definiciones de médico: el médico humano, sobre todo, y el hombre de arte.

Se ha evocado la primacía de las ciencias exactas sobre las ciencias llamadas inexactas, es decir, las ciencias humanistas. También el estatus más elevado en medicina está ligado a una práctica erudita, orientada ante todo hacia la investigación en áreas en las que la técnica tiene preeminencia sobre la "especulación clínica". Las estrategias profesionales se apoyan en la especialización que garantiza el carácter científico y el estatus social. Dentro de la escala de valores médicos, la medicina general ocupa el peldaño inferior. Los especialistas más "técnicos" tienen el estatus más alto.

Las especialidades más encumbradas, la nefrología y la cardiología, por ejemplo, están de moda por razones técnicas. Las especialidades permiten saber hacia dónde se va, establecer un diagnóstico más seguro, más científico. Es más interesante, más satisfactorio, y se obtienen buenos resultados. Cuando se hizo una especialización y se vuelve a la medicina general, el trabajo aparece confuso, uno olvida lo que ha aprendido (Reportaje realizado a un internista en medicina general).

En el orden de las representaciones, puede afirmarse la

primacía de la biología sobre la medicina, y no lo opuesto. Sin embargo, históricamente, la biología va a remolque de la medicina. Hubo que esperar una reforma autoritaria, la Debré de 1958, para que los biólogos pudieran entrar en los hospitales.

Más aún, si la biología tiene la primacía en el orden de las representaciones, sigue siendo en provecho de la medicina y de los médicos, en tanto que sirve al orden del discurso y de la práctica médica.

A nivel de trabajo médico, de síntesis diagnóstica y de administración terapéutica, el examen biológico de laboratorio, por otra parte, calificado de examen complementario, sigue siendo secundario.

El conjunto de la nosología y de las categorías médicas permanece estructurado y dominado por la clínica aun cuando con una frecuencia cada vez mayor, la biología por sí misma puede llevar a cabo un diagnóstico. (Véase por ejemplo, el empleo reiterado del *check-up*.) En algunas áreas, en nefrología, por ejemplo, el estado de los conocimientos biológicos cuestiona, inclusive, la clasificación de las enfermedades. ¿Acaso, Jean Hamburger no habla de la "crisis de la clasificación de las enfermedades"?

(. . .) Las fronteras de los que hoy en día se llama lupus eritematoso diseminado, no tienen por el momento, ninguna realidad objetiva; no representan nada más que un recortado provisorio concebido para reunir una serie de casos patológicos que poseen un cierto aire de parentesco (. . .) Ya no es posible hoy hacer entrar todos los casos observados en categorías con existencia propia, porque ya no hay convergencia de criterios: las enfermedades se clasifican de manera completamente distinta, según se elija como criterio de clasificación al agente causal, o a su mecanismo de acción, o a los signos clínicos, o a las lesiones anatómicas, o a la evolución y así sucesivamente. . .<sup>11</sup>

Si este fenómeno se extiende a la mayoría de los dominios encumbrados de la medicina, se observa que las cate-

<sup>11</sup> J. Hamburger, *La Puissance et la Fragilité*, París, Flammarion, Col. "J'ai lu", 1972, pp. 52-53.

gorías mentales y las categorías sociales no se ocultan. Las categorías de la biología pueden hacer saltar en pedazos a las fronteras de las enfermedades aisladas hasta ese momento, cuestionar su clasificación, la noción misma de enfermedad y la de especialidad; biología y medicina están unidas en una relación social que se hace en provecho de la medicina. Ésta domina a la biología en la medida en que cualquier ciencia es puesta al servicio de un cierto orden social, en este caso, el orden de los cuerpos.

La medicina tiene en los hospitales un estatus muy superior al de la biología y la domina. Durante mucho tiempo, incorporados administrativamente al servicio de la medicina de la que eran simples anexos, los laboratorios de biología no tenían autonomía alguna. La reforma Debré en 1958, por una parte, introduciendo la investigación en las actividades hospitalarias y, por otra, las reformas administrativas tendientes a organizar, racionalizar y controlar la actividad médica, han permitido la creación de laboratorios centrales autónomos. Pero los jefes de los servicios centrales de biología tienen que estar diplomados en medicina, salvo algunas derogaciones excepcionales. Los médicos con dedicación exclusiva, aunque no los biólogos, tienen doble sueldo, lo que es derogatorio en la función pública.

El dominio de la medicina sobre la biología se manifiesta por el monopolio médico de la decisión terapéutica. La síntesis diagnóstica y la prescripción quedan solamente en manos de los médicos. Si en ciertos departamentos llamados "modelo" que cuentan con biólogos, éstos trabajan en equipo con los clínicos y toman decisiones conjuntamente, es siempre un médico quien ejerce la autoridad médica de jefe de departamento.

Si la medicina biológica ha tenido preeminencia sobre la clínica, a veces llamada especulativa, ha sido para reforzar el poder de la medicina y de los médicos sobre la biología, anexando en provecho propio los resultados y las categorías de la última.

Las ciencias biológicas sirven a la medicina en dos niveles: en el de sus resultados concretos, y en el ideológico,

como medio de racionalización del ejercicio de un poder determinado.

El llamado constante de los médicos a una racionalización científica de su práctica sirve para ocultar el sentido eminentemente social de ésta, que siempre se dirige a sujetos y sólo cobra sentido en un intercambio social en provecho de su orden determinado.

Permite también ignorar al enfermo. Lo que se ha escrito sobre la medicina y que confiere actualidad en nuestros días, ha sido desarrollado por los grandes maestros, más cercanos a la investigación que a los enfermos (remitirse a la reciente ola de obras de grandes maestros: M. J. Bernard, J. Hamburger, A. Minkowsky, Mathé...).

Una encuesta realizada a alrededor de 600 médicos que, en 1969, ejercían su profesión con dedicación exclusiva en hospitales no universitarios, muestra que la motivación primordial de esa elección es el interés científico "es decir, la posibilidad de tratar enfermedades más interesantes, hacer un estudio profundo de ellas y de esta manera, disponer de historias susceptibles de ser explotados con vistas a un trabajo científico".

Este interés científico corre paralelo con el deseo de una mayor independencia en el ejercicio de la profesión para con un enfermo, "poder actuar teniendo en cuenta únicamente la enfermedad sin estar demasiado preocupado por las posibles repercusiones a nivel del cliente".<sup>12</sup>

Esta encuesta indica, con claridad, que la posición científica excluye la interferencia del sujeto enfermo, declarándose científica; el médico se interesa en la enfermedad y no en el enfermo.

Al reivindicar un estatus científico, el médico se desentiende de lo humano: las dos posiciones son, por otra parte, completamente contradictorias. El humanismo sólo puede funcionar paralelamente y al margen de la práctica científica.

<sup>12</sup> *L'hôpital et le médecin*, 3ras. sesiones nacionales de hospitalización pública, París, 17 al 21 de noviembre de 1969. *Revue hospitalière de France*, No. 225, noviembre 1969, pp. 45-79.

fica, en forma sobreañadida a ésta, de la misma manera que disciplinas tales como la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis sólo figuran como especialidades particulares, paralelas a las llamadas "médicas". (A nivel de los términos mismos, se observa que el término "médico" excluye las especialidades que se interesan por el enfermo. Desde Hipócrates, el objeto de estudio de la medicina es la enfermedad, más allá del paciente.)

Aún más, la humanización actual de los hospitales tiende a reforzar la dicotomía instaurada entre lo humano y lo académico, subordinando aquél a éste.

A medida que la ideología científica extiende su imperio, es recubierta por una ideología de humanización, de dedicación. Pero esta última está ahí para enmascarar a la primera y dejar el campo libre para su extensión. Lo humano se detiene en el umbral del saber, se limita a la recepción y cuidado de los enfermos. (Así, una circular de 1971, destinada a organizar la calificación de los auxiliares de enfermería, prevé oficialmente que el "contacto humano" con el enfermo fundamenta el carácter de la función del auxiliar de enfermería.) Lo humano es lo accesorio subordinado a lo científico. Cuando lo humano se hace pasible de un tratamiento particular, es porque ya no existe, en tanto que "especialidad", salvo en la esfera para la cual se lo creó.

Instrumento de racionalización ideológica de una práctica que quiere ignorar su dimensión social, la referencia científica modifica la relación del médico con su enfermo y con la enfermedad, quitando implicancia a éste. El médico puede escudarse en la ciencia y en las leyes todopoderosas de la naturaleza cuando enfrenta a la petición imposible del enfermo.

Al definirse como "científico", el médico pretende repudiar cualquier irracionalidad de su práctica, ya se trate de modalidades concretas de ésta, de sus objetivos o de su relación con el enfermo. Así, la noción de curación es cuestionada y considerada como anticientífica. Sin duda, es rechazada porque reintroduce en alguna parte al sujeto que la ciencia no domina... Además, se emparenta con la noción

de curandero, connotando así una dimensión irracional en el intercambio social que une al médico con el enfermo.

La intervención del médico, desde un punto de vista modernista (véase la corriente que anima las investigaciones de medicina preventiva de Nancy) está allí, e interfiere para demorar o fomentar la evolución natural de la enfermedad. No pretende curar, se atiene a una posición más modesta y más experimental. En última instancia, la naturaleza sigue siendo todopoderosa, ya que el desenlace llega a su fin, la muerte.

Esta corriente sigue siendo muy marginal en el seno de una práctica orientada principalmente en una negación fantasmal de la muerte y dominada por una creencia ilimitada en la ciencia.

## 6. *Biología y orden médico*

Si en las esferas de representaciones reinan las filosofías de la biología, ¿cuál de los órdenes que dominan en esta filosofía: el positivismo, el evolucionismo y el científicismo, sirven para el ejercicio de la medicina?

La especialización, inducida no sólo por una diferenciación del saber sino por la distinción entre el objeto de estudio y el observador, tiene por objeto distanciar cada vez más al individuo del dominio de su propio cuerpo, a medida que se industrializa la medicina. Y, por añadidura, lo acerca más y más de su medio de vida, de su entorno social y familiar.

Este distanciamiento del sujeto respecto del dominio de su propio cuerpo es efectuado por el discurso médico, en tanto que discurso especializado, dominante y operativo con relación a una cierta prestación médica para el cuerpo. Es efectuado a nivel del orden social por el aislamiento de individuos portadores de enfermedad y de muerte, por su destierro y concentración en lugares especializados dentro del seguro social.

### *a. El discurso médico como sistema de orden*

El discurso médico en tanto que científico, es inaccesible al enfermo. El orden impuesto a los cuerpos, la represión de esta anomalía corporal que constituye la enfermedad, pasa por este distanciamiento operado por el solo hecho de que la ciencia crea al especialista, es decir, excluye la palabra del sujeto.

La regla de juego manda que el enfermo no comprenda y que no trate de comprender el lenguaje médico "que no habla más que de enfermedad cuando el enfermo espera que se hable de él".<sup>13</sup>

Este discurso se vuelve puramente operativo y simbólico, como dice Horkheimer "la significación es suplantada por la función, el efecto en el mundo de las cosas".

Cualquier uso que vaya más allá de una recapitulación técnica auxiliar de los datos factuales, ha sido eliminado como último desecho de superstición. Los conceptos racionalizados se convirtieron en aparatos economizadores del trabajo *ad hoc*. Como si el pensamiento mismo hubiese sido reducido a nivel de procedimiento industrial y sometido a una programación rigurosa; en suma, como si se hubiese convertido en parte integrante de la producción (. . .)<sup>14</sup>

Para el especialista en semántica el lenguaje quedó reducido a una herramienta más. La única frase puramente simbólica, puramente operativa, es decir, la frase sin ningún sentido, tiene un sentido. Esta operatividad del discurso sirve a una gestión tecnocrática de los cuerpos, y en tanto tal, adquiere un valor simbólico. Es en realidad, porque ya no tiene sentido, que el discurso médico cobra sentido para el enfermo. Ese sentido es el reconocimiento y la perpetuación del mito científico y del mito de progreso técnico. Es también la reposición, la reedición y la alienación del cuerpo a los médicos, para devolverlos al trabajo.

La función ideológica del discurso médico reside en la perpetuación del mito científico, de la ciencia como pro-

ducción de Verdad; su función operativa en una prestación social y médica es concreta e incontestable, en tanto que operativizada bajo el signo de la Verdad. La palabra científica se convierte en poder cuando accede al estatus de Verdad. Y en ese momento, es, en efecto, socialmente incontrolable. Lo es, sobre todo, para aquellos a los cuales debe dirigirse. En realidad, no es un medio de comunicación; su mismo estatus científico la excluye de la comprensión. Simplemente, es compartida por el círculo de los Pares. Por no ser objeto de intercambios ni de comunicación, la palabra científica médica se transforma en un discurso cerrado, en un discurso para sí misma.

La clausura del hospital, que otrora era cerramiento de muros, confinamiento y represión, se atenúa en provecho de una clausura más eficaz porque es menos visible. Cuando se multiplican las operaciones a puertas abiertas es que no hay nada visible que esconder. Actualmente, la humanización de los hospitales aprehende lo visible, vale decir, la recepción, la hotelería, la decoración. En los hospitales se abren salones de peluquería, bares, bibliotecas, salas de estar y de televisión. Pero, al mismo tiempo, la palabra científica y la práctica médica se cierran a los ojos, a los oídos y, generalmente, a la comprensión de los enfermos. El discurso científico se encierra en un cerco que aísla al erudito de lo humano y de cualquier contingencia que pudiera interferir con la función mítica de la neutralidad científica. Esta última y la práctica "desinteresada" de la medicina, aliadas, son los dos grandes credos que aseguran el poder de los médicos. Pero el amor por el arte (de curar) y el amor por la ciencia, dan paso a la acción, y no son para nada ingenuos.

El cierre de un discurso médico, al excluir al enfermo y cobrar valor de mito, libra a aquél a la gestión tecnocrática de los médicos. La apropiación social de los cuerpos por medio del hospital pasa por una expropiación total de los individuos de sus cuerpos: el enfermo se convierte en un objeto de investigación, sujeto pasivo de consumo, psicológica y científicamente infantilizado.

<sup>13</sup> B. Clavreul. *L'ordre médical*, febrero 1976, Seminario de Vincennes, 1975.

<sup>14</sup> M. Horkheimer, *Eclipse de la razón*, París, Payot, 1974.